

Tragedia II

En el 2002-2004 nace la política de persecución,
pero esa política se fue instaurando con olas hasta
que en el gobierno se empezaron a dar cuenta
de que si no tenían ese esquema de control del individuo
no se mantenían en el poder, y lo obtuvieron;
no hay duda alguna.

ALFREDO ROMERO, Foro Penal

Episodio 1. **11-A**

Capítulo 48

Offside!

JUAN SANTANA ESTABA EN MEDIO de la avenida Río de Janeiro, en Caracas, en el momento en que le avisaron que el presidente estaba hablando de Petróleos de Venezuela. Santana, gerente general de Planificación de PDVSA Gas y uno de los delegados de los trabajadores en conflicto, se encontraba en la “caminata familiar” organizada para sensibilizar a favor de la protesta. Desde las diez de la mañana, empleados de la empresa —esta vez sin ropa de oficina—, junto con familiares y amigos, desfilaban por la avenida entonando consignas y enarbolando carteles. A la vera del Guaire querían que corriera un riachuelo alegre y bullanguero, un riachuelo de gente segura en el valor de su razón y confiada en sumar adeptos. En esas andaba Santana al mediodía del domingo 7 de abril cuando, de pasada, le mencionaron lo del presidente. No le dieron más detalle. Tan solo: “Chávez está hablando de PDVSA”. No atinó a adivinar lo que venía. Le hicieron el comentario justo al acabar una corta conversación telefónica con Pedro Carmona, el presidente de Fedecámaras.

—¿Qué necesitan de nosotros? —le había preguntado Carmona al llamarlo.

Santana, convencido de que hasta el momento desde la organización empresarial solo se habían emitido muestras individuales de respaldo, no titubeó:

—Nosotros —dijo, tapándose el otro oído para oír mejor en medio del bullicio— lo que en realidad necesitamos es que ustedes, como figuras de la sociedad civil, como líderes dentro de su sector nos brinden el máximo apoyo posible.

—¿Y eso querría decir: sumarse al paro? —siguió interrogando el dirigente empresarial.

—Bueno... —lo sorprendió un tanto—, no sé si sumarse al paro o no, pero por lo menos manifestar en forma pública su repudio total a lo que está sucediendo con PDVSA.

Santana no es que pretendiera devaluar las muestras de solidaridad emitidas por personeros de la iniciativa privada, e incluso por el propio Carmona, pero quiso ser sincero. Pensaba que la organización empresarial podría ir un poco más allá de exhibiciones de simpatía y declaraciones personales: prefería algo formal. Directo. Quizá no de una forma tan palmaria como la de la CTV, pero... —¿para qué negarlo?— en ese mismo sentido. Para ese instante, el petrolero desconocía que la llamada de Carmona se producía poco después de las más recientes críticas que, en contra de Fedecámaras, había hecho el jefe de Estado en el dominical *Aló, Presidente*.

Al terminar su caminata —serían como las tres de la tarde—, Juan Santana tuvo un panorama más completo de lo que acontecía. Se enteró de las recriminaciones hechas a empresarios, sindicalistas y medios de comunicación. Y también del despido en vivo y en directo de siete compañeros de trabajo. De paso, supo que —*manu militari*— lo habían jubilado de Petróleos de Venezuela. Juan Santana era uno más en la lista de sancionados ese día.

El *Aló, Presidente* del 7 de abril de 2002, como la emisión anterior, se realizó al aire libre, pero esta vez no fue en un parque público, campo deportivo o aula abierta, sino en un espacio controlado: se transmitió desde la plaza José María Vargas del Palacio de Miraflores. Un escenario apacible para el tiempo que se vivía. Pero, sobre todo, resguardado. Al fondo, sobre un montículo verde, como pintada para la ocasión, se veía la solitaria capilla de Nuestra Señora de Lourdes y —más cerca— el vetusto Arco de la Federación que se alza a orillas del parque El Calvario. No hubo escenografía preparada, tampoco invitados especiales. Ni adornos, ni asientos alineados. Apenas un toldo blanco arropaba el set. Servía de escritorio una mesa pequeña, redonda, de madera y de una sola pata, que se alzaba sobre una alfombra roja extendida al descuido sobre los adoquines. El mandatario, sobrio dentro de su vestimenta casual (de nuevo desechó la casaca militar y la ropa deportiva), lucía pantalones, calcetines y zapatos negros,

camisa gris claro y chaqueta roja que hacía juego con la tela a sus pies. A su izquierda, el ministro Rafael Vargas (camisa color salmón y calcetines blancos que destacaban entre sus pantalones negros y zapatos marrones) ordenaba papeles, acercaba mensajes, arrimaba una pócima. Encima de la mesa cabía un portalápiz de metal —con plumas desechables, resaltadores y lápices—, dos copas con agua —a la mano del mandatario—, un portafolio que envolvía un grueso dossier, unos cuantos papeles y un juego de bolígrafos que parecían Mont Blanc. Luego, cuando el programa rayaba en la hora, en la mesa-escritorio cabrían también una y dos tazas de café y un silbato de color azul.

Frente al mandatario y su mesa, unas cuantas sillas de plástico regadas que aprovecharon tan solo algunos funcionarios presentes (más de uno se recostó de una pared o se sentó en el borde de una jardinera), la cámara de televisión y su camarógrafo, cables, consolas, monitor, luces, un escritorio lleno de papeles y tres teléfonos que controlaba la directora de comunicaciones. El público —o “el pueblo”—, contra la costumbre, era escaso y estaba lejos: en la plaza Bicentenario, un espacio cerrado y custodiado dentro del complejo del palacio, aunque distante del edificio. Desde allí el programa se seguía por parlantes, y desde allí los aplausos y los vítores, gracias a las cámaras, se dejaban colar en la transmisión.

El programa número 101, al igual que la emisión anterior, se centró en la protesta de PDVSA pero, al contrario de lo difundido quince días antes, el conflicto no se trató como hecho aislado, sino formando parte de un contexto mayor. En los archivos oficiales, el tema del programa quedó registrado bajo el título “Soberanía petrolera”, y de petróleo se habló casi durante cuatro horas y media, sobre todo de petróleo como arma que se blandía en medio de una componenda.

Con algunas fallas técnicas en la señal audiovisual, el programa comenzó a emitirse a las once y once minutos de la mañana por los canales oficiales: radio y televisora nacional. Alguna emisora privada, como a veces estilaba, también se empató a retransmitir. El presidente, como era costumbre, hizo un repaso de “temas varios”. De abreboca, animado, soltó lo de la mejoría en los precios del crudo, y hasta ahí. Antes de hincar el diente en el tema que le interesaba hizo el resumen rápido —media hora— de su semana laboral, en donde hubo cabida para la cumbre de Monterrey, la visita de otra delegación china, el título conseguido por un púgil venezolano, el arranque del “camión

utilitario” que se fabricaría en Valencia y la larga reunión —cuatro horas— que había sostenido con el embajador de Estados Unidos, sin comentar las razones de una conversación tan extensa ni el porqué de un segundo encuentro en apenas dos semanas. A lo mejor en esa reunión fue en la que —según Otto Reich— platicaron sobre los reportes de inteligencia que manejaba el embajador sobre un complot contra el gobierno venezolano, pero Chávez Frías nada dijo; tampoco sobre los “asuntos de la frontera colombo-venezolana” o “aviones contra el narcotráfico” a los que había aludido el diplomático cuatro días atrás al salir del encuentro en palacio.

Lo que se sabe con exactitud es que, justo antes de referirse a la charla con el embajador, el programa comenzó a transmitirse en cadena nacional. Una cadena que, valga mencionar, interrumpió la transmisión de las declaraciones en vivo que en ese instante —once y cuarenta y dos de la mañana— estaba dando Carlos Ortega a los medios de comunicación. “La CTV va a estar en la calle de aquí en adelante hasta que se resuelvan los problemas del país; el pueblo ha despertado”, decía Ortega cuando su voz entusiasta fue apagada por la también entusiasta de Hugo Chávez Frías, que hablaba del gusto que daba conversar con Charles Shapiro. La cadena se suspendería un rato más tarde para, al poco, regresar. De ahí en adelante, la transmisión conjunta no sería continua, o en un solo bloque sino que, tal cual lo avisó el jefe de Estado, entraría y saldría de acuerdo con lo que el Ejecutivo considerase pertinente. Vale decir: un anuncio de importancia o, a lo mejor, una declaración opositora.

Hoy no tenemos competencia porque estamos encadenados —llegó a afirmar bien avanzado el programa—. Es la primera vez que encadenamos *Aló, Presidente*. A veces se encadenan voluntariamente muchos medios, pero hoy lo hemos decidido [nosotros] para hablar temas que son muy importantes... Y así estaremos: cadena - no cadena - cadena - no cadena... Hoy comienza esa estrategia: las cadenas no tienen por qué ser corridas... Así como a nosotros nos aplican la cadena, esta es la contra de las cadenas.

El mandatario se remitía a la práctica que hacía poco habían ensayado emisoras privadas de radio y TV de emitir de manera conjunta

entrevistas a determinados líderes de la oposición, independientemente del medio o el reportero que procesara la información.

Luego, Chávez Frías comenzó a abandonar el aliento jovial que pareció envolverlo durante la primera hora de programa. Habló de “falta de ética”, “desfachatez”, “degeneración”, “mentira” y “tiranía” de los medios de comunicación. Todo a propósito de informaciones sobre el “supuesto” desabastecimiento de gasolina. En la plaza Vargas y en la Bicentenario el ánimo se calentó.

“En Venezuela tenemos que chocar, es inevitable que choquemos, contra los intereses que se vinieron aquí gestando durante mucho tiempo, y que no son precisamente los intereses del pueblo venezolano”.

A esas alturas, desde el mismo set de transmisión se elevaban voces graneadas que apuntaban información al presidente-moderador. Allí se encontraban, desperdigados, sin ningún orden o protocolo, ministros, diputados oficialistas, el Alto Mando Militar completo, el jefe del Cufan, un gobernador y hasta el embajador de Venezuela en Cuba. A juzgar por la asistencia, se podría pensar en un consejo de ministros ampliado, aunque desorganizado. Los presentes se habían visto un tanto rezagados, distraídos o conversando entre sí. Otros pocos, sin embargo, se mostraron expectantes. Entre los más atentos estaban los ministros del Interior y de Salud. Los de Educación, Ciencia y Educación Superior se observaban un tanto alejados, pero bastaba con que, desde el escenario, los precisaran para que abandonaran la empanada que se comían o la pared en la que reposaban. El ministro de Finanzas, alerta —tenía poco tiempo en la cartera—, aprovechaba la sombra de un árbol. Los militares, la mayoría del tiempo, estaban juntos, como una masa uniformada de camuflaje. Entre todos, María Cristina Iglesias, recién nombrada en el despacho de Trabajo, destacaba.

La ministra se veía inquieta. Parecía tener azogue en las piernas. A medida que pasaban los minutos del programa, se movía con un cigarro en las manos, de un lado a otro. Ansiosa. Iglesias tenía fama de recia, radical. Alguno la llamaba inflexible, y ella lo sabía, pero la tenía sin cuidado. Esa mañana, se notaba su agitación. La silla en donde estaba sentada bailaba junto con el ritmo que le imprimía su pierna izquierda. De pronto, se levantaba del asiento, caminaba un corto trecho, fumaba, se volvía a sentar y se mesaba los cabellos cortos. Al rato se paraba, daba unos cuantos pasos y seguía fumando.

En 1982, siendo yo concejal de Caracas y miembro de la directiva de Fundarte, sustituyeron al gobernador y, como suele suceder, cambiaron a todos los directores y me encontré con una joven directora de Planificación, no mayor de 25 años, recién graduada de socióloga. Me pareció inteligentísima y muy eficiente en el manejo de los conflictos que se presentaron con los cambios en esa institución. Al ganar las elecciones Jaime Lusinchi en 1983, yo resulté electa diputada y María Cristina Iglesias se despidió de mí porque se iba con su marido a vivir a Cataluña, España. Mantuvo correspondencia conmigo y me enviaba regalos de Navidad. En enero de 1986 [el presidente] Jaime Lusinchi me nombra presidenta del Consejo Nacional de la Cultura [Conac] y ministra de Estado para la Cultura. Poco tiempo después recibo una llamada telefónica de Iglesias: me dice que está en Caracas y quiere hablar conmigo. La cito a mi oficina. Me cuenta que se volvieron a Venezuela... Enseguida le busqué un cargo, estaba vacante la dirección de Asuntos Internacionales del Conac. En 1989 me inicié como presidenta de la comisión de Política Interior de Diputados, quería contar con la colaboración de María Cristina y le pedí a José Antonio Abreu, el nuevo ministro, que me la prestara mediante la figura de comisión de servicios, mientras lograba que le dieran un cargo en el Congreso, como ocurrió meses después. Fue mi mano derecha.

En esa comisión conoció a Aristóbulo Istúriz y entre ellos surgió una estrecha camaradería que nunca se me ocurrió pensar fuera política. El 10 de enero de 1994 (recuerdo la fecha porque al día siguiente era mi cumpleaños), ya Aristóbulo era alcalde de Caracas, María Cristina vino a mi casa, supuestamente llorando y a pie desde Parque Central “para poder meditar”. El motivo de sus quebrantos: Aristóbulo Istúriz le había ofrecido la dirección que se ocupaba de los mercados municipales. Le dije que aceptara, yo aspiraba [a] presidir una comisión pero no tenía seguridad de obtenerla en el CEN de AD, y sin eso no tenía nada que ofrecerle. Se despidió de mí con besos y abrazos, me dijo que vendría al día siguiente a festejar mi cumpleaños. Ese 11 de enero, su marido llegó a mi casa a las ocho

de la noche, María Cristina nunca apareció, no llamó y jamás volví a cruzar una palabra con ella.

La veía en la Cámara de Diputados como asistente de la fracción de La Causa R, luego secretaria de Pablo Medina en la Vicepresidencia de Diputados. Para definirla: inteligente, eficiente, muy trabajadora, pero con una ambición tan desmedida que le permite ser camaleónica. A esta condición pertenece la fotografía en la que ella tiene una camiseta que dice “AD Juventud, vota por Paulina” o algo así, y que corresponde justamente a unas elecciones internas de AD en 1990 o 1991. Era de extremos, cuando estábamos en la Comisión de Política Interior decidió adelgazar, porque de España había regresado con 25 kilos de más, y entonces moría de hambre, pero se puso flaquísima. En ese entonces, era una mamá muy ocupada de su hijita y nada izquierdosa”.

Paulina Gamus, política socialdemócrata,
en correo del 15 de enero de 2015

* * *

Al tiempo que el verbo de Chávez Frías subía en intensidad emotiva y en decibelios, en el plató los funcionarios comenzaron a arrimarse. Se acercaban al punto neurálgico del día.

—Hay pequeños grupos en Venezuela que parece que ¡no se cansan! de andar conspirando... —habló haciendo énfasis, marcando pausas, partiendo en sílabas las palabras—. Recuerden que, el último trimestre del año 2001, los grupos que adversan la Constitución, porque ellos no están adversando realmente a Chávez, están adversando es a la ¡Cons-ti-tu-ción Bolivariana! Son adversarios de Venezuela... El último trimestre del 2001, todos recordamos cómo aquí se montó una operación entre las cúpulas de Fedecámaras... Esa cúpula, lo vuelvo a decir, como no quiere re-ca-pa-ci-tar yo sigo señalándolo: ¡están fuera de la realidad! Están descolocados... ¿Cómo es que llaman a esos futbolistas cuando...?

—*Offside* —le sopló alguien fuera de cámara.

—*Offside!... Fedecámaras: you are offside!...* —exclamó subiendo la voz como si fuera árbitro de fútbol, y lo único que le faltaba era pitar. Él mismo se dio cuenta y pasó a demandar—: *¿No hay un pito por ahí? Consíganme un pito, porque yo les voy a pitar: Offside!*

Un minuto después de la exigencia, un silbato pequeño y azul llegó a las manos del conductor del programa y del país:

—*¡Piiiiiii...!* —sopló, y sonó fuerte y agudo el instrumento, que volvió a soplar—. *Fedecámaras: ¡piiiiii!... offside!*

De ahí en adelante, el *Aló, Presidente 101* se deslizó como por un tobogán, acelerado. El mandatario volvió a pitar a la representación empresarial, acusó a los medios de comunicación de inventar noticias, y los amenazó. A ellos y a todos los que persistieran en perturbar el país:

—*Están pasando la raya, tomando actitudes inclusive subversivas... y desde hoy he dado instrucciones al ministro del Interior y vicepresidente, y a los cuerpos de seguridad del Estado... Y estamos en alerta: el cuerpo subversivo ahora anda de corbata.*

La emisión que, en ese momento, no estaba siendo transmitida en conjunto con la red privada de radio y televisión, volvió a encadenarse, y en todo el país se enteraron de que el primer gobernante nacional, usando su mejor tono engolado, renovaba las cargas contra los “tecnócratas” y la “élite que se adueñó” de la petrolera y que pretendía rebelarse contra una decisión que él tomó, como presidente electo, para bajar costos, gastos y “privilegios groseros” de la nómina mayor de la empresa, inscrita en un “plan político”.

—*Todo ese cuento de la meritocracia es mentira. Esa élite nunca se opuso antes cuando nombraron a un dirigente nacional de partido presidente de PDVSA... Luego vino otro presidente... y nombró a un poderoso representante de los sectores económicos del país... ¿Dónde estaba entonces la llamada meritocracia? ¡Mentira! Es una mi-to-cra-cia.*

Chávez Frías soltó el bolígrafo que tuvo sujeto entre las manos mientras se fijaba en los apuntes con datos de anteriores directivos de la petrolera. Hizo una breve interrupción, e intentó un tono más mesurado:

—Ha sido visible la paciencia con que se ha manejado el conflicto: la junta directiva, todos los días... La Asamblea Nacional nombró una comisión para negociar... Se trató con mano suave. A lo mejor ese fue el error nuestro: la mano suave. La buena fe.

Corría el minuto 67 del programa, el auditorio en la plaza Vargas se electrizó. Hasta la directora de comunicaciones, que casi nunca levantaba la cabeza, metida como estaba entre los teléfonos y los papeles de su escritorio, suspendió su tarea y volteó a mirar al centro del set. El presidente Chávez Frías copió el gesto que las mamás usan para regañar (juntó el pulgar y el índice de su mano izquierda y balanceó el brazo desde el codo), para él también regañar, castigar:

—Esa élite de PDVSA ha... pasado la línea. ¡Han comenzado a pasar la línea!... entonces yo anuncio lo siguiente: anuncio la destitución —manifestó, para de inmediato corregir porque encontró una mejor palabra—, el ¡despido!

El cuadro de la cámara mostró enseguida las manos de Rafael Vargas, que arrancaron con un batir de palmas. Detrás de él, batieron las de los funcionarios en la plaza Vargas y también las de quienes estaban en el patio de la Bicentenario. La ministra Iglesias no pudo evitar un saltito de alegría; descargó la tensión aplaudiendo con ganas. ¡Por fin!, parecía decir con todo el cuerpo, mientras el mandatario, alzando otra vez el tono, leía de un listado y, a medida que leía, tachaba nombres con su bolígrafo de marca.

—Han sido despedidos de sus cargos —habló aún más recio— las siguientes personas: Eddie Ramírez, director gerente hasta el día de hoy de Palmaven. ¡Pa' fuera!... muchas gracias; está usted despedido, caballero. Está despedido también, muchas gracias por sus servicios: señor Juan Fernández; hasta el día de hoy gerente funcional de Planificación y Control de Finanzas. ¡Vean ustedes el

nivel de esta gente!... En tercer lugar, el gerente de Estrategia de Negociación, repito el cargo: gerente de Estrategia de Negociación... Esto es como que uno destituyera el Alto Mando de la Fuerza Armada. Esto es el Alto Mando: ¡pa'fuera! Horacio Medina, hasta hoy fue gerente... muchas gracias. Cuarto lugar, quien fue hasta hoy... asesor mayor de la Estrategia de Refinación; muchas gracias, señor Gonzalo Feijóo, está usted despedido... En quinto lugar, asesor laboral en Recursos Humanos, Edgar Quijano... usted está despedido. En sexto lugar, analista de Marco Regulatorio de PDVSA Gas, despedido: señor Alfredo Gómez, muchas gracias también a usted... Y en séptimo lugar, una dama: señora, analista de Proyectos de PDVSA Gas, Carmen Elisa Hernández; muchísimas gracias, señora Hernández, por su trabajo... Estas siete personas han sido despedidas de Petróleos de Venezuela...Y esto continúa; alerta a la llamada nómina mayor: yo no tengo problemas de rasparlos a toditos si a toditos hubiera que rasparlos.

Acto seguido, cruzó y abrió los brazos como los *umpires* en béisbol cuando cantan *safe!*, solo que en este caso lo que quiso decir fue: hasta aquí llegaron, se acabó el juego.

Cuatro minutos y medio le llevó despachar a los gerentes petroleros. Apuró un sorbo de café mientras una cámara captaba los aplausos, los brincos y las voces (“¡Que los boten!”) del graderío de la Bicentenario. Y continuó el responso, porque había ordenado una investigación penal por el “sabotaje” contra El Palito que, “en un acto subversivo”, la pararon como quien apagara un autobús: lo apaga y se va. Y una refinería, se detuvo a explicar, no es igual que un carro... “Aténganse a las consecuencias”.

—Hay bastante gente en Venezuela que sabe de petróleo... Así que tengo una lista larga de personas para sustituir al que quiera irse de Petróleos de Venezuela... No. Venezuela a-for-tu-na-da-men-te tiene recursos humanos... que no están comprometidos con ninguna cúpula offside! —interrumpió para revolver entre papeles hasta hallar el pito, y pitar—. ¡Piiiiiiii!... offside!

[En total, hubo] siete despidos, 12 jubilados y cinco que cambian de cargo.

Jubilados: Luis Rojas, vicepresidente Gas; Luis Aray, director Gas y gerente de Anaco; Jorge Carnevali, gerente de Negocios; Luis Pacheco, vicepresidente Planificación; Fernando Puig, presidente Intevep; Carlos Espinoza, director Intevep; Juan Santana, planificación Gas; Ramón Marcano, operaciones El Palito; Rogelio Lozada, gerente general El Palito; Eduardo Praselj, Vincenzo Paglione y Karl Mazeika, vicepresidentes.

Cambios: Iván Crespo, director Cibernética; Ignacio Layrisse, adjunto Producción; José de Antonio, gerente negocios Petrozuata; Enrique Torres, director Pequiven; Orlando Morales, gerente distribución Anaco.

El Universal, “Hay que mantener la disciplina”. 8 de abril de 2002

Rogelio Lozada. Petrolero. Ingeniero químico. A punto de cumplir treinta años en la industria petrolera, en abril de 2002 era gerente general de la refinería El Palito.

ENTREVISTAS: 13 DE JUNIO DE 2012 Y 26 DE ABRIL DE 2019.

—El presidente Chávez Frías, en su programa del 7 de abril de 2002, aseguró que a El Palito la habían parado tres ingenieros a espaldas de los trabajadores. Señaló que “originaron una caída en la tensión de energía eléctrica, contaminaron tanques de almacenamiento, descargaron diferentes plantas del proceso de refinación... y maliciosamente trataron de dañar componentes, como válvulas, circuitos...”. Usted me ha dicho que el 4 de abril habían parado la refinería siguiendo un protocolo de seguridad.

—Las refinerías se paran de dos formas: una, cuando hay un corte eléctrico, una fuga de petróleo, una fuga de combustible o de gas; en esos casos, todos los sistemas tienen un botón rojo, en donde ¡paff! le metes el dedo y automáticamente esa planta, ese motor se para. Eso

es una parada de emergencia, que tiene muchos riesgos: equipos rotos, fuga, incendio... Cuando hablamos de una parada con un protocolo de seguridad, se hace de forma paulatina: se va bajando la carga de las diferentes plantas, empezando por la de crudo, y luego todas las plantas que están detrás: la de desintegración catalítica, que produce gasolina; la de alquilación, que procesa las olefinas; la de diésel; la de kerosén... así sucesivamente. Es una cadena de plantas que se van parando a medida que van perdiendo sus cargas. De esa forma, los equipos quedan con presiones fuera de su rango de emergencia, todos los equipos son drenados, los productos son enviados a sus respectivos tanques. El exceso de gas que no puede controlar la planta lentamente se dirige al sistema de alivio de seguridad, el famoso mechorrio, y se quema; pero, básicamente, es poco el combustible que se envía de esa forma. Allí se toman todas las medidas de seguridad: se bloquean las válvulas que hay que bloquear y se paran los equipos de una manera correcta: bajando la velocidad, como recomienda el fabricante. Eso es lo que se llama una parada en forma controlada.

—¿Eso fue lo que hicieron ustedes el 4 de abril de 2002?

—Sí. Eso se paró de esa forma, porque si no, [después] no se hubiera podido arrancar como se hizo... Una parada de emergencia trae consecuencias muy graves que uno no desea nunca.

—¿Cuánto duró el proceso de parar la refinería El Palito?

—Dejar la planta segura y sin vaciarla para una reparación, sino dejarla para volver a hacer la arrancada, normalmente toma doce horas.

—¿Eso fue lo que hicieron?

—Sí.

—Si empezaron al mediodía del jueves 4, el proceso terminaría en la noche del mismo jueves.

—No me acuerdo exactamente de las horas, pero eso se terminó a altas horas de la noche.

—¿Y cuántos operadores son necesarios...?

—Cada planta tiene un número de operadores, dependiendo de la complejidad... Cuando se está en un proceso de parada, los ingenieros jefes dan las instrucciones y los operadores hacen el proceso de parado. Normalmente en un turno de operadores, uno de medianoche, por ejemplo, son como de sesenta personas.

—Lo pregunto porque el presidente Chávez Frías aseguró que fueron “tres ingenieros de la nómina mayor” los que pararon la planta.

—Tres, solos, no pueden hacer nada. Necesitan toda la batería de operadores.

—Habló también de acto subversivo, y que por lo sucedido en El Palito se había iniciado “una investigación penal”. ¿Hubo algún procedimiento en su contra? ¿Sintió o sintieron persecución?

—Después de que se paró la refinería —que, hay que destacar: se paró por una decisión de la asamblea de trabajadores—, entre el 4 y el 11 de abril sí tuvimos una persecución. La Disip hizo una persecución contra varios de nosotros, y conmigo particularmente hubo una persecución “en caliente” que ocurrió después de un mitin en Valencia. Yo me aparecí, pero la gente de seguridad —que era de nosotros mismos, de PDVSA— nos avisó que cerca andaba la Policía. Entonces, el gobernador de la época, Henrique Salas Feo, me ofreció un vehículo para salir del lugar. Después yo me escondí.

—¿Pero recibió alguna orden judicial? ¿Una citación que llegara a su residencia?

—No. Solamente la Policía estuvo al frente de mi casa. Hasta el 11 de abril.

* * *

El resto del programa, Hugo Chávez Frías continuó con PDVSA. Leyó un parte que registraba “normalidad” de las operaciones en todo el país y, con la ayuda de llamadas telefónicas de ciudadanos, volvió a cuestionar a los petroleros que protestaban. Poco después de rebasar la segunda hora de transmisión debió enterarse —los tiempos coinciden— de que el directorio de Fedecámaras acababa de respaldar el llamado a paro que había convocado la CTV para el martes 9. Y ahí fue cuando volvió a pitar:

—¡Piiiiii! —sopló el silbato y exclamó, grueso—: Offside!... Los offside de Fedecámaras fueron a levantarle la mano al ilegítimo de la CTV. Ahora, los aliados están convocando a un nuevo paro. Todos aquí recordamos el 10 de diciembre [de 2001]. ¿Pararon al país? No; a Venezuela no la para nadie, ni la parará nadie... Señores, por ese camino no van para ninguna parte. Andan con

un desespero que: “Chávez se va, que se va, que se va”. Váyanse acostumbrando ustedes, pues. El año 2021 me voy, el 24 de junio del 2021 cuelgo los guantes... Se los [sic] adelanto... ¿Será que creen, de verdad, que la cúpula de PDVSA va a parar el país? ¡Nooo! Lo que pueden es... parar presos. Lo que pueden [es ir a] parar en [la cárcel de] Yare...

El *Aló, Presidente* 101 se mantuvo hasta completar cuatro horas y veintidós minutos, entrando y saliendo de transmisión conjunta. El tema principal siguió siendo el mismo, pero el mandatario hizo espacio para notificar el incremento de 20% en el salario mínimo de los trabajadores públicos. Para hablar de la llegada del nuevo avión presidencial que estrenaría yendo a Costa Rica. Para remendar el capote y aclarar que estaría en la Presidencia hasta el año 2013, no hasta 2021, como había dicho minutos antes. Y para manifestar que ese domingo todavía le quedaba trabajo por delante: se reuniría con su gabinete y con el Alto Mando Militar. Omitió —u olvidó— mencionar que también se juntaría con dirigentes de su partido —diputados, gobernadores, algún alcalde y el fiscal general de la república—, como ocurrió.

Capítulo 49

7 de abril de 2002

Hoy, las fotos preservan a los hombres de esa reunión.
Son inmortales, o más bien tienen prohibición de residencia en el olvido.

DAVID FOENKINOS, *Charlotte*

EL DOMINGO 7 DE ABRIL DE 2002, al borde de la avenida Urdaneta, en Caracas, se llevó a cabo una reunión de alto nivel. Fue un encuentro de cálculo y estrategia, aderezado con un tanto de soberbia y otro tanto de frialdad —mucho frialdad—. El cónclave no fue secreto: el mismo presidente Chávez Frías lo había asomado al término de su programa semanal, pero cuidándose de revelar la agenda. Sería una junta con máximas autoridades para discutir una estrategia macro de la que se desprendían estrategias específicas con propósitos y planes específicos. Todo dirigido a alcanzar un gran objetivo que se proyectaría a largo plazo, aunque esto nunca se manifestó de manera explícita. Visto así, parecería que contó con planificación milimétrica y organización sofisticada. Pero no. Resultó más bien un arreglo chapucero y atropellado. Lo que sí dejó traslucir entonces, para algunos de los participantes (y años después, para muchos), fue el menosprecio por la vida ajena, la vida del que no se considera igual, la vida del otro que se piensa, además, descartable.

La reunión del 7 de abril de 2002 señaló la pauta de lo que, días después, impuso un marco de acción, definió los límites de lo permitido.

De la cita en Miraflores no se hizo foto, pero sí se conocen sus participantes, sí quedaron los relatos, sí sobrevivió su historia. Se supo quién habló, quién estuvo a favor, quién calló.

* * *

Serían pasadas las cuatro de la tarde del domingo y el comandante general de la Aviación almorzaba en su vivienda en El Cafetal. Era un almuerzo tardío; su mujer y sus hijos esperaron hasta que él se desocupara para comer juntos después de varios días. La noche anterior había llegado de Chile y esa mañana se había marchado como a las nueve para estar en la emisión del *Aló, Presidente*. Al terminar el programa, informó al inspector general que se retiraba. Quería aprovechar para estar con los suyos. Llevaba unos minutos en casa cuando una llamada interrumpió sus planes: el ayudante del inspector le notificó que debía regresar. Así fue como se enteró de la junta. Nadie lo había citado. Rincón no le había advertido.

Al llegar a Miraflores, la reunión había comenzado. Régulo Anselmi echó un vistazo al salón y se fue a sentar junto a sus pares. Hablaban de la protesta en la petrolera.

En marzo del 2002 asistí a una reunión de comandantes de fuerzas aéreas en Brasil... El 30 de ese mes salí de nuevo al exterior, en comisión oficial ordenada por el ministro de la Defensa para asistir a la Feria Internacional de Aeronáutica y del Espacio, que se celebraba del 1 al 7 de abril en Chile.

Es cierto que estuve unos días fuera del país antes de los hechos del 11 de abril del 2002, pero la intención del presidente Chávez era enviar muestras de normalidad a los países latinoamericanos aprovechando esas reuniones. El ambiente político estaba caldeado y los miembros del Alto Mando Militar estábamos contestes...

General Régulo Anselmi en conversación
vía WhatsApp, 10 de mayo de 2017

La reunión había comenzado con retraso alrededor de las cinco de la tarde. Desde un extremo de una mesa ovalada, el presidente Chávez Frías la encabezaba. A su derecha estaba el vicepresidente; a su izquierda, el ministro de Interior y Justicia. De allí en adelante, a un costado y otro se alinearon el resto de los ministros del gabinete, dejando un espacio al lado del nuevo titular de Finanzas para el general Manuel Rosendo, jefe del Comando Unificado de la Fuerza Armada Nacional (Cufan). Al terminar la hilera de ministros, se ubicaron el

presidente de Petróleos de Venezuela y el fiscal general de la república. Hacia el otro extremo de la mesa, callados y casi todos con las manos descansando sobre el tablero, se había agrupado el Alto Mando Militar.

El vicealmirante Bernabé Carrero, jefe del Estado Mayor de la FAN, arrancó. Expuso el programa de emergencia que el Ejecutivo había encargado para enfrentar una parálisis en Petróleos de Venezuela. “Militarización de PDVSA”, lo había llamado el jefe de Estado, pero en la Fuerza Armada prefirieron hablar de plan de contingencia. Menos de veinticuatro horas antes, altos uniformados habían dado los últimos toques a la propuesta y tenían las listas con los nombres de oficiales de las cuatro fuerzas que serían llamados a suplir a los petroleros rebeldes. Los candidatos, además de destacados en la carrera militar, tenían formación académica en ingeniería, finanzas, gerencia o sistemas. Había entre doscientos y trescientos militares capacitados y con potencial de asumir las tareas, con guía y corto entrenamiento. El programa incluía la creación de una figura que haría de “sombra” a la gerencia clave de la empresa. Cada uno contaría con su respectivo respaldo. Incluso los miembros de la junta directiva, por lo menos treinta o cuarenta gerentes, tendrían su doble, o su “mano derecha” militar. Se daba por descontado el reforzamiento de seguridad a las instalaciones petroleras.

Sin mayor discusión, la propuesta se aceptó. El general Rincón se encargaría dos días más tarde de dirigir el acto en donde se esbozaría la estrategia a los oficiales seleccionados.

Aprobado ese punto, Chávez Frías dio la palabra al jefe del Cufan para hablar sobre el Plan Soberanía, que para la guarnición militar de Caracas se denomina Plan Ávila. En vista del nivel de la audiencia —en especial para las autoridades civiles—, el general Rosendo, como jefe del órgano encargado de planificar y dirigir operaciones conjuntas de la Fuerza Armada, detalló el operativo desde sus fundamentos: doctrina, soporte legal, niveles estratégicos, responsabilidad de activarlo —inspector general de la FAN o comandante del Cufan—. Se detuvo en las condiciones indispensables que darían pie a una activación. Porque si y solo si se llega a determinadas situaciones y se cumplen determinados pasos entra en ejecución.

“El Plan Ávila es un plan de operaciones militares conjuntas con el objetivo de restablecer el orden una vez que se han visto superados

los cuerpos naturales de control público. Implica el despliegue de soldados con armas de guerra”.

Los neófitos en la sala seguían atentos hasta el momento en que Chávez Frías interrumpió para anunciar que a la jornada de trabajo se incorporaba un grupo de personas. No está claro si, para entonces, Rosendo ya había mencionado que el plan implicaba, en automático, la salida a la calle de un batallón de soldados y otro de tanques livianos.

Una vez que habló el mandatario, de inmediato, como si estuvieran escuchando detrás, se abrió la puerta del salón para dar paso a una delegación del Comando Político de la Revolución (CPR), órgano rector del partido MVR. La ministra del Trabajo —integrante del Comando— precedía al comité. Nadie ha sabido aclarar cuándo se ausentó de la reunión o si no había estado desde el principio. Detrás de ella, entraron el alcalde del municipio Libertador en Caracas; los gobernadores de los estados Vargas, Antonio San Juan; Aragua, Didalco Bolívar; Sucre, Ramón Martínez; Táchira, Ronald Blanco; seguidos por los diputados Ismael García, Cilia Flores, Nicolás Maduro y José Khan. Cerraba el desfile Guillermo García Ponce, jefe del directorio del CPR.

Irrumpió ese gentío y, en el acto, Rosendo se paralizó. El ministro Usón captó su inconformidad. Él mismo, como militar, estaba consciente de que todo lo referente al Plan Ávila competía al alto gobierno, y las personas que acababan de colarse en la sesión, con todo lo oficialistas que fueran o por más confianza que el presidente tuviera en ellos, desde el punto de vista de seguridad de Estado no estaban autorizados a recibir información tan delicada. Entendió la actitud que enseguida tomó el jefe del Cufan.

“En lo sucesivo abordé cuestiones generales. Es un plan secreto que no podía estar en boca de todo el mundo”, dijo Rosendo a Lafuente y Meza en 2003 y a Brian Nelson en 2004.

El Plan Soberanía está determinado por zonas de operaciones, que corresponden a las 26 guarniciones militares del país... Es comandado por el comandante del Comando Unificado de la Fuerza Armada Nacional.

Será ordenado por el inspector general de la FAN o por el comandante del Cufan.

En la Guarnición de Caracas, el Plan Soberanía se denomina Plan Soberanía Ávila —Plan Ávila— y su ejecución corresponde a la Guarnición de Caracas, comandada por el inspector general de la FAN, que dictará instrucciones a través del jefe de Estado Mayor de la Guarnición.

Tiene como misión restablecer el orden público. Es un plan disuasivo, y una vez que se ejecuta debe estar basado en una de las suposiciones ya establecidas en el Plan Soberanía. Las suposiciones son condición *sine qua non*.

El plan tiene 4 suposiciones:

1. Que grupos subversivos o desafectos al sistema democrático ejecuten acciones violentas, que atenten contra la estabilidad del sistema democrático y pongan en peligro la seguridad de las personas y sus propiedades.

2. Que las alteraciones del orden público sean de tal magnitud que el empleo de los organismos de seguridad del Estado sea insuficiente para su restablecimiento.

3. Que nacionales de otros países realicen actividades tendentes a perturbar el orden interno en apoyo de acciones bélicas contra nuestro país.

4. Que la máxima autoridad civil de la entidad federal, al considerar que la situación escapa a su control, solicite la intervención de la Fuerza Armada Nacional. En Caracas, de acuerdo con la Ley sobre el Régimen del Distrito Metropolitano, el alcalde metropolitano es la primera autoridad civil.

Una vez que se cumplen una o varias suposiciones, el plan se convierte en una orden para ser ejecutada. Si no se dan estas suposiciones, el Plan NO puede convertirse en orden y aun cuando se den estas suposiciones, el comandante tiene que hacer una apreciación de otros factores para considerar la intervención de la Fuerza Armada.

Plan de Soberanía Ávila. Resumen a partir de la exposición del general Manuel Rosendo en la Asamblea Nacional el 10 de mayo de 2002

Lo que Usón y Rosendo desestimaron la tarde-noche del 7 de abril fue el hecho de que, a lo largo de la explicación “secreta” que

acababa de quedar en suspense, estuviesen como escuchas el presidente de PDVSA y el fiscal general. El jefe de la petrolera, pese a su alto cargo, no formaba parte del Gabinete Ejecutivo, y el fiscal era uno de los máximos representantes de otro de los poderes públicos —el Ciudadano, un poder independiente—.

También parecieron desestimar, ellos y los que estuvieron en la reunión, la necesidad de justificar la inclusión en agenda de un tema como el Plan Ávila. En el contexto enmarañado en que se encontraba el país, ¿cómo cabía una exposición de ese tipo? ¿Cuál era el motivo? ¿El objeto? Sería un tanto naíf pensar que constituía un mero punto de información. El Plan Ávila fue diseñado para enfrentar una rebelión popular, un estallido social que no puede ser contenido por las fuerzas regulares como la Policía y la Guardia Nacional, tal y como sucedió el 27 de febrero de 1989 con los saqueos del Caracazo. Su implementación significa soldados y tanques en la calle. No obstante, ni Usón ni Rosendo evidenciaron dudas sobre el porqué de esa exposición justo ese día. Se diría que se obedeció a una orden: “Quiero que me hagas una presentación, y punto”. Pero ¿por qué esa orden? Ni antes ni después se cuestionó el porqué (por lo menos no quedó constancia). Se dio por sentado. El vicealmirante Carrero admitió —dieciocho días más tarde, en la Fiscalía— que el plan formaba parte de la estrategia de emergencia para enfrentar el conflicto en PDVSA: “Establecía que se podía activar el Plan Ávila, que es el plan de seguridad en caso de disturbios (...) de acuerdo a [*sic*] la planificación, iba a ser autorizado por el presidente en caso de necesidad”. Sin embargo, aun así, vislumbrarlo como respuesta a eventuales protestas en medio o por un conflicto laboral suena desproporcionado. A no ser que el mandatario, su gabinete y su Alto Mando estuvieran preparándose para otro escenario. Uno más espinoso.

Los servicios de inteligencia del Estado y el jefe de Estado mismo estaban persuadidos de que el conflicto petrolero y el paro en puertas eran solo los primeros peldaños de una larga escala. Para alinear las sospechas, días antes habían llegado al palacio “novedades” —denuncias— de tenientes coroneles del Ejército y Guardia Nacional en Caracas y San Juan de Los Morros sobre intentos de captación que altos oficiales —con nombre y apellido— intentaban en unas bases. “Concluimos que un grupo de generales andaba buscando apoyo de comandantes de tropas”, confió Chávez Frías a fiscales del TSJ y la

Fiscalía. Esperaban un movimiento militar en regla, un golpe clásico: insurgencia de cuarteles, posicionamiento de tropas, desplazamiento de unidades militares, toma de puntos estratégicos.

En el gobierno estaban convencidos de que nosotros íbamos a dar un golpe de Estado. Su sistema de inteligencia estableció esa hipótesis. ¿En base a qué la confirmaron? No sé. Puede ser también por desinformación de inteligencia de parte de nosotros hacia ellos, para que entendieran [creyeran] que iba a ser así.

Contralmirante Daniel Comisso en
entrevista del 5 de marzo de 2017

Pero en ese panorama que avizoraba un golpe, ¿qué pintaba el Plan Ávila? ¿A cuenta de qué sale a colación? ¿Cómo insertarlo? ¿Para qué desplegarlo? Un golpe es un asunto distinto a una protesta social. Un golpe no se enfrenta con el Plan Ávila, se enfrenta con guarniciones leales y militares en actitud de combate. ¿Sería que estimaban o estaban *dateados* acerca de que la protesta ciudadana crecería hasta desbarrancarse y convertirse en zafarrancho?, y al activar el plan en Caracas, en automático, pondrían en alerta a las demás guarniciones y así, con las leales, contener la intentona. Podría ser. Porque si no, ¿para qué el Plan Ávila? ¿Para desplegar hombres y carros de combate leales? ¿Para usarlos como mampara por conveniencia? O sencillamente por desconocimiento de estrategia militar, por más teniente coronel que fuese el presidente. O acaso, precisamente por eso.

Michael Edward O'Brien Fossi. Militar del Ejército, egresado en 1991. Once años más tarde es capitán y jefe de la Ayudantía del Cufan.

ENTREVISTA: 8 DE MARZO DE 2015.

—La noche del 7 de abril hay una reunión en Miraflores en donde el general Manuel Rosendo, jefe del Cufan, hace una presentación sobre el Plan Ávila. ¿Supo algo de eso?

—Lo que sí supe, de boca del general Rosendo, fue de la actitud de Ismael García en ese momento (nada qué ver con lo que vemos hoy) y la de Nicolás Maduro.

—¿En qué sentido?

—Incitando a la confrontación, incitando a la violencia... No recuerdo el detalle, pero sí sé que la actitud de Ismael García no fue la más adecuada en ese momento.

—Lo que el general Rosendo ha contado es que no continuó con su exposición a raíz de la llegada de los diputados a la reunión. Ahora, él no estaba de acuerdo con activar el Plan Ávila pero, si fue a hacer una exposición del plan, era como tácito que se estuviera manejando como opción.

—Que yo sepa, él no iba a hacer presentación del Plan Ávila. No sé qué información le dieron, pero la reunión no era del Plan Ávila.

—Pero él asegura que lo presentó.

—No lo recuerdo, pero presentar un plan no quiere decir que esté de acuerdo en activarlo. Presentar un plan es decir: esto se activa de acuerdo a [sic] estas condiciones constitucionales, de acuerdo a [sic] las condiciones que establece la Ley de las Fuerzas Armadas. No quiere decir que haya estado de acuerdo. Presentarlo es hacer ver en qué escenarios se puede y en qué escenarios no se puede, y [exponer] las condiciones. Entonces, la presentación del Plan Ávila no era, en ningún momento, decir: vamos a activarlo.

—¿El tema no lo contemplaba usted en la agenda de ese día?

—No. Había reuniones [a las] que él asistía —a lo mejor cuando iba a Miraflores o a un ministerio—, [para las] que prefería que yo estuviese presto en la oficina para suministrarle información o atenderle algo que él indicase.

En Miraflores, con la llegada de nuevos personajes, el cariz de la reunión cambió por entero. Una vez que el general Rosendo tomó asiento, se retomó el tema del conflicto petrolero. Por lo que se dijo a continuación, lo de “militarizar” la industria era solo uno de los planes para “quebrar” la protesta. En congruencia con la preocupación del Ejecutivo por una inminente asonada, el asunto se empezó a tratar entonces no como la demanda de unos trabajadores, no como un hecho exclusivo, sino como parte de un movimiento mayor: una conspiración en la que también se inscribía el paro general convocado para el martes 9 por la CTV y que ya era apoyado por Fedecámaras. El jefe de Estado habló de “insurrección” y de la necesidad inminente de tomar decisiones concretas —¿además del Plan Ávila?—. Abrió el debate para discutir propuestas, no sin antes insistir en la “toma de PDVSA” y en la necesidad de implementar un “agresivo” operativo en materia de medios de comunicación, tanto públicos como privados. Veía con beneplácito la idea de inundar con mensajes oficiales los distintos canales de prensa, pero sobre todo radio y televisión, para ahogar la fuerte campaña a favor de los huelguistas en las emisoras privadas.

En el corro, el comité de recién llegados fueron los más apasionados, aunque en el equipo de gobierno también metieron baza la ministra del Trabajo y el ministro de Educación. En nombre del grupo que acababa de entrar, el diputado Ismael García desglosó el proyecto que habían preparado para neutralizar las iniciativas tanto de los petroleros como de las personas que el martes acataran la convocatoria de huelga. En primer lugar, planteó el uso de Círculos Bolivarianos para ubicarlos a las afueras del Palacio de Miraflores, en el exterior de diversas sedes de la industria y en todos aquellos lugares en donde se presumiera una concentración de opositores. Con un *madrugonazo*, los Círculos ocuparían todos los espacios posibles, dificultando o repeliendo acciones de protesta, además de rodear —y “proteger”— el palacio. Los comités regionales del MVR serían los encargados de facilitar el traslado de los Círculos que lo necesitaran y al “pueblo” en apoyo al gobierno; asimismo, serían responsables de ejecutar un operativo —“guerra psicológica” se denominó— que

consistiría en regar aceite y tachuelas en determinados puntos y, para el martes 9 en la mañana, movilizar gran número de vehículos por calles y avenidas de distintas ciudades para dar la impresión de que era un día “normal” de trabajo y la huelga, un fiasco. La propuesta incluía la posibilidad de cortar señales de TV e instaurar un estado de excepción “selectivo”. También se habló de decretar estado de conmoción o estado de emergencia.

La exposición promovió intervenciones. El presidente Chávez Frías pidió precisiones y sugirió tareas; la ministra Iglesias hizo unos cuantos comentarios —parecía enterada de pormenores— y, en cierto momento, poco después de plantearse el estado de excepción, un efervescente ministro Aristóbulo Istúriz, soltó: “Hay que ocupar todos los puntos críticos con los Círculos Bolivarianos; si se pierde la calle, se acaba todo”.

Con la intervención del ministro de Educación, la discusión se fue por esos derroteros. Exaltados los ánimos de los dirigentes del MVR, se planteó utilizar a los Círculos como fuerza paramilitar para defender la revolución y al presidente.

Fijense [en] la diferencia de las exposiciones. La Fuerza Armada Nacional ofrecía su apoyo con personal calificado académicamente, con deseos de aprender, obtener nuevas experiencias y dar un aporte al país. Mientras que ese grupo [de políticos] presentaba un plan de acciones agresivas para contrarrestar a otros venezolanos.

Mayor preocupación sentí cuando el ciudadano fiscal general de la república, doctor Julián Isaías Rodríguez, presente en esa reunión, convalidó ese planteamiento con su silencio. No alertó, no hizo oposición alguna contra tamaño atropello que se pretendía cometer sobre un grupo de venezolanos manifestantes, olvidando su obligación de prevenir y sancionar hechos que colidan con la ley...

General Manuel Rosendo, interpelación en
Asamblea Nacional, 10 de mayo de 2002

La aparente anuencia del fiscal también llamó la atención del general Vásquez Velasco. Sin embargo, tal reacción —de él o de cualquier otro— solo podría entenderse o solo cabría si se tomaba

en cuenta al fiscal o a la Fiscalía en abstracto. Si pensaban nada más en la institución autárquica que debía estar representando. Si se separaba al hombre que era el fiscal de su trayectoria. Porque solo por arte de magia Julián Isaías Rodríguez podía ser despojado de su comportamiento público de los últimos cuatro años: en 1998 había sido electo senador en las listas del Polo Patriótico; en 1999 había sido diputado a la Asamblea Constituyente, también en plancha del Polo Patriótico; en enero de 2000, con la nueva Constitución, había sido el primer vicepresidente que nombró y tuvo el presidente Chávez Frías, y un año después, en enero de 2001, la mayoría oficialista de la Asamblea Nacional lo había designado fiscal general de la república. Complicado ejercer la independencia con ese currículum tan reciente. Después de casi cuarenta años de ensayar sin mayor éxito en las lides políticas —imposible borrar su pasado en AD, luego en el MEP—, Isaías Rodríguez adquirió notoriedad y autoridad solo con la llegada del chavismo al poder. Difícil hacer abstracción de ese hecho público y notorio.

Elucubraciones aparte, la presentación de los dirigentes continuó. Desde la orilla en donde se había ubicado, el Alto Mando Militar observó en silencio la escena, y en silencio se mantuvo cuando, al calor del ambiente, salió disparada otra medida que terminó por subir más el termostato. La disposición iba dirigida específicamente a “resolver” —fue la palabra exacta— la rebelión de los trabajadores petroleros.

—Se está negociando la concesión de un bono a los trabajadores de PDVSA para que no se sumen al paro —pronunció el diputado Maduro—. El bono sería de unos dos millones de bolívares por persona.

El general Usón, titular de las finanzas, se sobresaltó. Casi le había dado un patatús horas antes, cuando en el *Aló, Presidente* se anunció aumento de 20 % para los trabajadores públicos, cuando él había estimado un máximo de 13 % —“preferiblemente 10 %”—. Con esa bonificación que salía de la nada, habían reventado sus cuentas. “¡Los números no dan!”, pensó.

Al ministro Istúriz, de súbito, le volvieron los escrúpulos del sindicalista que había sido a finales de la década de los setenta, cuando

militaba en AD. Aunque, tal vez no fueran escrúpulos, sino mera reacción automática ante probables riesgos. Estaría cantando la zona:

—Esto se puede ver como que estamos comprando la huelga, y puede traer repercusiones.

El diputado Maduro, que también había dado pinitos sindicales, lo miró con desgano. Usón, atribulado, no veía cómo manejar la tronera en las cuentas públicas. Mientras creyó oír al presidente de PDVSA manejar cifras, dirigió su mirada hacia el ministro de Planificación; le hizo señas en busca de apoyo. Conocía la fuerza de su opinión sobre el presidente. Al ver que Giordani volteó a mirar para otro lado, se vio obligado a tomar la palabra:

—Aquí hay un problema —dijo, tratando de serenarse—, porque estamos a las puertas de una contratación colectiva nueva y con esta bonificación estamos metiendo un efecto distorsionador en ese proceso de contratación, que va a ser dentro de unos meses. Cuando vayamos a dar ese bono a los petroleros, puede haber graves problemas...

—Un momento —Chávez Frías llamó la atención—, esto no es un problema de finanzas públicas, esto es un problema político.

Usón se mordió la lengua. La tensión cargó el recinto. Maduro creyó poder aprovecharla e insistió con lo de la bonificación, pero el presidente intervino, molesto:

—¿De dónde piensas sacar ese dinero?

El diputado fue incapaz de ofrecer una contestación. No estaba preparado. Improvisó una salida, pero en el aire se le desbarató. Sus compañeros del CPR tampoco atinaron a salvar la situación. Buscaron un justificativo para retomar el hilo de la discusión que habían llevado hasta el instante de la propuesta pecuniaria. Chávez Frías se irritó más al ver que patinaban. Le vio las grietas al puente que a última hora quisieron fabricar.

Dos horas después de su llegada, la delegación del MVR abandonó la reunión. Como en la entrada, a su salida también los acompañó la ministra Iglesias.

—La molestia del señor presidente fue bastante grande —recordaría un mes más tarde el general Rosendo—. Ese grupo tuvo que salir apresurado.

Pero no todo fue pérdida para el comité que había interrumpido a Rosendo. Antes de partir, dejaron amarrada casi toda la estrategia planteada. Para contrarrestar a los huelguistas activarían tres planes: el de calle, el militar y el mediático.

Francisco Usón Ramírez. General de brigada del Ejército. Entre 2000-2002 fue jefe de la Ocepre. Desde febrero 2002, ministro de Finanzas.

ENTREVISTA: 1.º DE AGOSTO DE 2013.

—¿El ministro de Defensa intervino durante la reunión?

—José Vicente Rangel estuvo muy callado. Estaba enfrente de mí pero del otro lado de la mesa, hacia la punta. El Alto Mando Militar sí estaba para la parte de abajo, pero esa gente ni habló.

—También estuvo Isaías Rodríguez, el fiscal general.

—Sí, estuvo el fiscal, pero él lo que hizo fue que alertó del problema de derechos humanos.

—¿En caso de sacar a los Círculos Bolivarianos?

—Sí, por la posibilidad de que hubiese un enfrentamiento que afectase a la ciudadanía y, por lo tanto, el gobierno se podía ver inmerso en un problema de demanda, de falta de protección de los derechos humanos... No recuerdo haber escuchado a Isaías Rodríguez dar un planteamiento político a lo que se estaba hablando. Él hizo una abstracción, como fiscal. No planteó algo así como: "Esto no se puede hacer...". Por otro lado, tampoco dijo que estaba apoyando políticas. Lo que hizo fue un alerta: esto puede tener estos problemas.

—Dice que el Alto Mando “ni habló”.

—No, porque como era un tema del Cufan, el que llevaba la voz cantante era Rosendo.

—¿Pero no se comentó algo, por ejemplo, cuando se mencionó el uso de los Círculos...?

—Nada. No comentaron nada. Como Rosendo ya, automáticamente, se había cortado...

—¿Y el general Rosendo dijo algo en relación con la participación de los Círculos?

—No. Y no hubo posición del Alto Mando. ¿Por qué? Porque ya el fiscal lo había alertado. Le explico: tratando de ponerme en la cabeza de los miembros del Alto Mando Militar, resultaría inconcebible pensar que tu jefe, el comandante en jefe de las fuerzas armadas, plantease la presencia de [otros] grupos armados... Esa es una posición que la presentan los políticos, ni siquiera los políticos del gobierno, sino los políticos del partido.

—El uso de fuerza paramilitar.

—Paramilitar.

—Insisto: ¿no hubo ni una reacción?

—Porque resultaba inconcebible. Estoy tratando de ponerme en sus zapatos.

* * *

Un mes después de aquella reunión de trabajo en el Palacio de Miraflores, el general Efraín Vásquez Velazco, frente a una comisión especial de la Asamblea Nacional, se refirió a la sensación que experimentó ese domingo 7 de abril:

—Sentí dolor al ver que, en vez de buscar mecanismos de disuasión para evitar la protesta de la sociedad civil, se planificaba la confrontación, con el consentimiento de todos los presentes... Cuando un Estado planifica la violencia y la confrontación, ¿qué nombre puede recibir?

Alfredo Romero y Gonzalo Himiob Santomé.

Abogados. Activistas de derechos humanos.

Presidente y vicepresidente del Foro Penal.

ENTREVISTA: 26 DE NOVIEMBRE DE 2013.

—[GH] Si tú me preguntas: ¿dónde comenzó la violencia? Comenzó el 7 de abril de 2002 en esa reunión de Miraflores, en donde se articuló y ordenó el uso directo de la violencia contra la manifestación opositora. El gobierno abrió un grifo que luego no pudo cerrar.

—**Desde el punto de vista de los derechos humanos, ¿tiene sentido que el fiscal general —jefe de un poder autónomo que vela por el respeto a derechos y garantías— estuviera en esa reunión en donde el Ejecutivo estaba decidiendo o analizando la crisis?**

—[AR] Sentido político tiene, y desde el punto de vista de los derechos humanos, de la separación de poderes y de la justicia —imparcial, idónea—, ahí se ve la parcialidad del fiscal.

—[GH] Es una aberración; de hecho, el fiscal debió no solo abrir una averiguación de los que avalaron lo que se estaba proponiendo, sino que ha debido tomar medidas concretas para evitar ese choque de trenes.

—**Cuando se habló de usar los Círculos Bolivarianos, el fiscal intervino; dijo algo como que “puede traer consecuencias desde el punto de vista de los derechos humanos”.**

—[AR] Probablemente él dijo eso, pero al final no actuó contra nadie. Tan es así que luego del 11 de abril —antes de ir a la Comisión Interamericana de Derechos Humanos*—, nosotros interpusimos una demanda por crímenes de lesa humanidad en Venezuela y demandamos al fiscal.

* **Flashback to the future:** El 3 de septiembre de 2024 la CIDH remitió el caso —por los sucesos del 11-A— a la Corte Interamericana de Derechos Humanos. El 13 de diciembre de 2024, la Corte procedió al sometimiento del caso e informó al Estado y sus representantes del inicio del proceso.